

El piolín de Ariadna.

(algunas indicaciones para salir del laberinto de García Márquez)

En 1826, cuando estaba por anunciar públicamente su proyecto de Federación de los Andes, Bolívar escribió al general Santa Cruz: "*Voy a entrar en un laberinto horrible*". En diciembre de 1830, según las memorias de Réverénd, exclamó en su lecho de muerte: "*¡cómo voy a salir de este laberinto!*". Es de esta segunda frase que tomó Gabriel García Márquez el título y el cierre de su libro. De un laberinto se trata, por lo tanto. En el que el héroe dejó sus huesos sin haber encontrado la salida, y en el que el narrador colombiano nos sitúa idealmente. Los laberintos, tan amados por los jardineros italianos del período barroco, son construcciones lógicas, bromas de la razón. Representan la historia y el pensamiento como sucesión de disyuntivas que se acumulan, formando un recorrido (*percorso*). Hay una solución constructiva de los laberintos: el conocimiento, o la deducción, del algoritmo constitutivo. Y hay una solución empírica: la memoria de las decisiones pasadas, o sea el famoso hilo (o piolín, esa palabra ajena a la salsa colombiana) de Ariadna.

"El general en su laberinto" no es una obra de ficción, aunque utilice las técnicas narrativas propias de la novela. Recuerda un género en boga en los años treinta, la historia novelada (pienso por ejemplo al Magallanes de Stefan Zweig). Solamente un esteticista a ultranza puede negar la legitimidad de una tal operación. La contaminación de la novela con objetivos extra-narrativos es parte integrante de la historia de la novela, en la cual ha sido un reiterado mecanismo de revitalización. Lo que caracteriza a la "historia novelada" no es el uso de material histórico, sino el planteo de problemas y de tesis históricas en una posición central, a la que se subordina la estructura narrativa. Un historiador que recriminara a un novelista el haberse tomado libertades con un personaje histórico sería solo un imbécil del tipo de Dzanov. El novelista no tiene la menor obligación de atenerse a la verdad histórica, ni a la verdad de las leyes físicas. En la narrativa las cosas pueden caer hacia arriba, con velocidad directamente proporcional a la musicalidad de su nombre en hebraico, y José de San Martín puede haber sido un pirata homosexual del estrecho de la Sonda.

García Márquez, sin embargo, nos propone su laberinto. Y en él reconocemos el problema que hemos intentado -quizás sin conseguirlo- resolver con los instrumentos de la crítica histórica. Su obra se ubica decididamente en la tradición de la "historia novelada". El suyo es un Bolívar "de tesis", que cuando habla lo hace a través de frases de sus cartas y proclamas o a través de las interpretaciones que de esas frases hicieron generaciones de historiadores y de ideólogos. El oficio del narrador ha revestido de carne este esqueleto, acentuando

(a veces hasta el límite de lo grotesco) la fisicidad del personaje. Ha bajado a Bolívar de su pedestal en alguna de las incontables plazas que decora, le ha quitado de los hombros la mierda de paloma, ha fundido el bronce que lo cubre y nos lo ha presentado desnudo y enfermo. Pero lo ha hecho por fuera, y no por dentro; las palabras de su Bolívar son todavía de bronce, y provienen del pedestal vacío.

Que la narración sirve a la presentación de las tesis y no a la inversa se evidencia del mismo mecanismo narrativo. García Márquez dedica una atención casi maniaca a las peripecias del cuerpo físico del héroe. El suyo es un Simón Bolívar de olores, sabores y dolores, que tose, vomita, se afeita, se baña, se arranca los pelos de la nariz, tiembla de fiebre, suelta "ventosidades pedregosas y fétidas" o "fragantes". Un metrónomo sensorial hecho de olores y sabores marca ritmo y tiempos de la narración: del agua de colonia del pañuelo con que se cubre la boca, del mate de amapolas que bebe, de las "flores de sepulcro" que lo hacen vomitar, de las hierbas aromáticas del baño, de la persona de Miranda Lyndsay, de las guayabas de su habitación de Monpox. Termina encontrando, en el olor del ingenio de Santa Marta donde lo esperaba la muerte, el olor del ingenio de San Mateo donde había nacido.

La materialidad física del personaje está subrayada por la continua presentación de su cuerpo desnudo, del que se describen minuciosamente los estragos que la enfermedad produce. Pero el recurso privilegiado del escritor colombiano es el uso del punto de vista del siervo personal de Bolívar, el esclavo mulato José Palacios. El héroe, visto desde la cocina, es sobre todo cuerpo, estados de ánimo, asuntos domésticos, explosiones de ira, abandonos, divagaciones, enfermedad sin adornos, sucia e ignoble. La historia, desde este ángulo de visión, se ve desde el otro lado, hacia afuera, en un ser público que el autor nos deja entrever solo a través de los resquicios que quedan en la densa trama de la cotidianidad.

Lo que se alcanza a ver a través de los agujeros sapientemente distribuidos es el Bolívar del mito. El Bolívar grande, frente a los hombres pequeños que son sus enemigos y sus herederos. El Bolívar revolucionario, frente a los caudillos mezquinos y conservadores. El Bolívar unitario y latinoamericanista, frente a esos pueblos litigiosos y divisionistas. El Bolívar de bronce, ni más ni menos, ese paradigma ecuestre que nos hacían tragar en los bancos de escuela. El autor no completa la operación de desacralización con una operación de desmitización: más aún, refresca el mito al filtrarlo a través de la fisicidad cotidiana del gran enfermo. Y es así como se queda -y nos deja- dentro del laberinto, junto al cadáver del héroe caído, sin otra hipótesis acerca de la salida que la que llevó el protagonista al corredor cegado de Santa Marta.

Desenrollemos un poco de piolín del ovillo de Ariadna. El Bolívar real (y me refiero al público, y no al privado) se diferencia menos que lo que puede pensarse de los otros generales revolucionarios. Páez, Santander y hasta el mismo Sucre compartían, en el bien y en el mal, el horizonte intelectual, moral y político de

Bolívar; habría que atribuir más bien a sus respectivos roles la diferencia de actitud: se encontraban en una posición que los volvía más sensibles a los sentimientos y a los intereses de la gente que gobernaban, y los alejaba de los grandes proyectos geopolíticos de su comandante en jefe. Su resistencia es síntoma y no causa del fracaso del sueño.

Todos ellos tenían una visión fuertemente oligárquica y restringida de la democracia. La palabra oligarquía ha sido usada en América Latina hasta gastarla, hasta privarla de significado. Oligarquía viene del griego "oligoi", pocos; significa gobierno de pocos, gobierno de una minoría. Los hombres de la independencia se dividían en dos partidos: los monárquicos y los republicanos. Unos y otros eran partidarios de la forma oligárquica de gobierno: los asuntos públicos eran reservados a las aristocracias de propietarios y notables, excluyendo en forma expresa y legal del voto a los trabajadores, los pobres y los indios. Es lo que establece, por ejemplo, la constitución bolivariana.

En estos tiempos de horror ante la dictadura del proletariado, ante el decisionismo leninista y hasta ante la sangre versada por Robespierre, conviene recordar que los revolucionarios de la independencia creían firmemente en el Terror, en la represalia, en la tortura, en el escarmiento a través de la masacre de inocentes, en la ejecución fácil y sin proceso. Bolívar, si se distinguía en algo de sus lugartenientes, era por su amor particular por los métodos represivos -ejercidos con un caprichoso estilo de autócrata- y por su teorización constitucional de la dictadura como forma de gobierno más apropiada para la ex-América española.

En cuanto a la sensibilidad social, si Bolívar se diferenciaba de los demás jefes revolucionarios era por la derecha. Aceptó tarde y a regañadientes la liberación de los esclavos, y no puede por cierto acusársele de simpatía y blandura hacia los indios. Los generales de la revolución, cuando pensaron y actuaron en términos económico-sociales, favorecieron el desarrollo de la hacienda o plantación agroexportadora, sobre la base de un peonaje semi-servil a la manera mexicana. Si no siempre consiguieron hacerlo, no fue por culpa de ellos, sino del despertar de las masas que el mismo movimiento independentista produjo involuntariamente.

Oligarquía, dictadura, militarismo, peonaje semi-servil. Estos son los legados de la revolución del ochocientos, junto con la independencia, el anti-colonialismo, el laicismo, la libertad de empresa, el liberalismo. En lo bueno y en lo malo Bolívar era un hombre de su generación y de su partido. No es aquí donde hay que buscar las raíces del conflicto que opuso el Libertador a sus generales; no es este el laberinto. García Márquez presenta la cosa sin engaños, con solo un dejo de antipatía -quizás caracterial- por el andino Santander.

El laberinto consiste en la concepción del Estado nacional, de sus límites, dimensiones, naturaleza y, sobre todo, de su principio de legitimidad. Bolívar, en numerosas ocasiones, proclamó la unidad de los hispanoamericanos (no de los latinoamericanos) en una única entidad estatal. Sus contradictores reclamaron en

cambio la autonomía estatal de las regiones que se habían independizado del colonialismo español. Es Bolívar el que aparece "grande" y moderno, precursor de la unidad latinoamericana; son sus opositores los que aparecen "pequeños", responsables del ciclo sucesivo de las guerras civiles, padres de patrias mutiladas.

La primera observación se refiere a la diferencia entre concepción ideal y política real. El plan de Bolívar, traducido en estrategia política, no solo excluía el Brasil y Estados Unidos -lo que podía ser considerado lógico en su visión hispanocéntrica- sino también el Río de la Plata, Chile y las Antillas. *"No se olvide usted jamás de las tres advertencias políticas que me he atrevido a hacerle: primera, que no nos conviene admitir en la Liga al Río de la Plata; segunda, a los Estados Unidos de América, y tercera, no libertar a La Habana. Estos tres puntos me parecen de la mayor importancia, pues creo que nuestra liga puede mantenerse perfectamente sin tocar los extremos del sur y del norte; y sin el establecimiento de una nueva república de Haití"* (carta de Bolívar a Santander, en el período de preparación del Congreso de Panamá). Fracasado el intento, el plan de Bolívar se concreta como Federación de los Andes (Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú y Bolivia), y fluctúa entre la dictadura republicana y la monarquía, hasta que se disuelve en sus partes componentes.

Un examen más cuidadoso del Estado ideal de Bolívar pone seriamente en tela de juicio su modernidad. Para sus opositores la legitimidad de las nuevas formaciones estatales surgía del consenso (organizado en forma oligárquica, por cierto, este era el horizonte común) de los pueblos liberados: era un consenso desde abajo. Para Bolívar la legitimidad provenía del acto de la independencia: venía desde arriba, de un acto de voluntad armado, que se consagraba en el reconocimiento de las grandes potencias (de aquí por ejemplo los coqueteos de Bolívar con la idea de monarquía homologable al sistema europeo, como antes los de Iturbide, San Martín y Rivadavia, y después la desdichada experiencia práctica del monarca mexicano).

En el período 1815-1848 ("between revolutions", como lo llamaron los ingleses) la legitimidad desde abajo era el principio nuevo, y la integridad de las viejas unidades geográficas era el principio caduco. "Nuevo" era la independencia de Bélgica, de Grecia, de Italia; "viejo" era la reconstitución de los viejos mapas imperiales que el 48 enterraría definitivamente. El mundo del 1825 era muy distinto del actual; Europa limitaba con dos grandes imperios unificados: el Ruso y el Turco. Más allá se extendían los imperios asiáticos: el Persa, el Manchú y el Indio, este último bajo la dominación de Inglaterra. La historia del mundo desde entonces ha sido en buena medida la de la explosión de todas estas "prisiones de pueblos".

Es cierto que ha habido intentos de pasar de los imperios a la moderna legitimación del Estado sin romper la integridad de las viejas unidades geográficas: fueron Estados Unidos, Austria-Hungría, URSS, India y China. La experiencia histórica parece demostrar que una tal legitimidad "multinacional" es realizable solo a través de revoluciones profundas, que implican de hecho la destrucción de

la vieja entidad imperial y la creación ex-novo del Estado y de sus bases de legitimidad. Y "realizable" no quiere decir "inevitable", como lo demuestra la Urss de hoy. La experiencia más exitosa parecería ser la de Estados Unidos, con numerosas circunstancias adicionales: (a) una guerra de independencia que contuvo la primera revolución institucional moderna (en jerga marx-leninista, "democrático-burguesa"), capaz de preceder e inspirar la revolución francesa, elogiada por muchos autores (entre los cuales Marx) por su radicalidad democrática; (b) una guerra civil de un millón de muertos (en la que pudieron haber nacido dos Estados distintos por lo menos) para resolver la principal anomalía social: el esclavismo; (c) una oleada inmigratoria de dimensiones únicas en la historia, que anegó tempranamente la población originaria y sus problemas no resueltos, identificándose directamente en el nuevo Estado, y no en los localismos precedentes.

No era este por cierto el caso de la ex-América española, cuyos revolucionarios independentistas se limitaron a encuadrar siervos y ex-esclavos en las haciendas. El imperio de Bolívar, si hubiera tenido éxito, habría tenido como base social el "peonaje encasillado" a la manera mexicana, algo muy poco compatible con una institucionalidad moderna. Incapaz de desarrollar y afirmar una nueva legitimidad desde abajo, hubiera sido una simple "prisión de pueblos", a mitad entre el imperio ruso y el imperio turco, y hubiera terminado probablemente barrido por grandes rebeliones de pueblos hacia 1848. Como lo fue -con un anticipo que obliga a revalorar a los "caudillos" localistas- hacia 1828. Lo que es milagroso no es la escisión del ex-imperio español en distintas entidades nacionales, sino la capacidad unitaria que tuvieron algunas burguesías ciudadanas -a veces ni siquiera eso, sino simples "ejércitos de ocupación interna"- para evitar una balcanización mayor, y crear Estados modernos de dimensiones respetables. Colombia y el Río de la Plata, por ejemplo, pudieron muy bien ser otras tantas Centroaméricas, y casi lo fueron.

La trampa del laberinto, por lo tanto, consiste en que es otro. No el de Bolívar, sino el nuestro. Lo que nosotros llamamos "unidad latinoamericana" es un concepto de la segunda mitad del siglo XX, que presupone la precedente formación de los Estados nacionales, chicos o grandes que fueran. Imaginar un europeo que reivindica a Carlos V como precursor de la unidad de su continente sería completamente ridículo. Ningún italiano piensa por ejemplo que haya sido una desgracia la división entre Nápoles y España, y menos que menos se lamenta un belga por no depender de Madrid. La unidad europea es entendida como un ideal moderno, que supera y abarca las duramente conquistadas independencias nacionales. Es una curiosa enfermedad latinoamericana esa de reflotar antiguos proyectos fallidos de autócratas de cuartel para fundamentar nuevas aspiraciones, no solo democráticas sino también socialistas. Cabe pensar que hay algo que falla en nuestros planes modernos, a lo mejor ni tan democráticos ni tan socialistas.

Algún crítico malévolo ha querido ver en la biografía del Bolívar aislado, envejecido y al borde de la derrota y de la muerte un apólogo de la situación de otro grande

soñador latinoamericano, de Fidel Castro. Nada en el libro deja suponer eso, ni la amistad del autor hacia el líder cubano autoriza a imaginarlo. Sin embargo, el interés de García Márquez por el Bolívar de la caída no puede ser casual, ni limitarse al amor del autor por el río Magdalena y la costa colombiana. También la "Revolución continental" del castrismo fue un laberinto, en el que puede haber quedado atrapada la nación cubana, junto con grupos de intelectuales y de activistas políticos de todos los países latinoamericanos. También el comunismo castrista entendió la estatalidad como el fruto de un acto de voluntad armada, legitimada en el sistema de las potencias (o de los "bloques", como diríamos ahora). No sería lícito extender el paralelo: cada laberinto tiene su algoritmo constructivo. Estudiar la lógica del nuevo puede ser mucho más productivo que llorar la caducidad del viejo. Es a la historia de hoy que tenemos que encontrar una salida.

Bologna, 5 de noviembre de 1989

Miguel Angel García